tase al pueblo, que le enmendasen los pecadores y viciosos (especialmente en el vicio de la carne) e hiciesen penitencia para amansar la ira del Señor, que estaba ofendido porque el pueblo no pereciese con la enfermedad que andaba. Y dicho esto, dice que se le desapareció la dicha mujer, haciéndose un remolino en el aire y en el agua. El indio quedó como espantado y otro día sábado lo fue a decir al guardián, y amonestándole el religioso que mirase lo que decía y no le mintiese, porque le castigaría Dios gravísimamente, siempre se afirmaba en ello. Y no contento el guardián con esto, pasados ocho días después, lo envió a llamar para ver si había sido fantasía, sueño o invención suya, riñéndole y diciéndole que ¿por qué le había venido con aquella mentira?; volvió a confirmarse en ello, derramando muchas lágrimas de sus ojos, por donde, sin alguna duda, lo creyó y se persuadió que la que le apareció sería la madre de piedad y misericordia, que por aquella vía quería favorecer a aquel pueblo o algún ángel, y que apareció en figura de india, por no espantar a aquel pobre viejo en otra figura; y así hizo la amonestación que se le mandó a la gente de aquella ciudad que por ventura fue de algún provecho.

CAPÍTULO XV. *De otras revelaciones hechas a algunas indezuelas, niñas y mozas de poca edad*

DIJE EN EL CAPÍTULO PASADO que hallamos tanta simplicidad y pureza en muchos de los indios, mayormente en viejos y viejas; y de esto es la causa porque en la cansada vejez vuelven los hombres casi al estado de la niñez, en la cual más propria y naturalmente se halla la simplicidad y falta de malicia, por el poco conocimiento que los niños tienen y poca experiencia de las cosas del mundo. Y así, los niños en su tierna edad son comúnmente a todos amables; y más lo deben de ser a Dios, pues estando el salvador del mundo en carne mortal, los abrazaba y regalaba y mostraba particular contento en verlos.[1] Y según esto no es maravilla que se regale y comunique con ellos, como yo verdaderamente lo he hallado, en veces, en criaturas, hijos de indios, estando en el artículo de la muerte, oyéndoles casos de tanto sentimiento que no eran para aquella edad. Mas porque éstas no las tengo en la memoria para referirlas con certidumbre, contaré solamente algunas que supe de otros y las puse por escrito, de los cuales es uno el padre fray Gerónimo de Mendieta, que dice así: Morando yo en el monasterio o ermitorio de Santa Ana, una legua de Tlaxcalla, el año de 1588, el domingo de Pascua de Espíritu Santo, que cayó a cinco de junio, acabando de cantar la misa mayor me envió a llamar una india vieja, llamada María, de hasta setenta años o poco menos de edad, y de ellos los cuarenta había hecho vida con su marido y había catorce que estaba viuda, que a la manera de otra Ana profetisa, frecuentaba

[1] Marc. 9. Luc. 1. 9 et 18.

el templo del Señor.[2] Ésta, como admirada de las misteriosas obras de Dios y de sus sacratísimos juicios, me contó con gran sentimiento cosas maravillosas, que diez días antes de aquella Pascua una niña de nueve años había dicho, estando para morir, así a ella, como a un mozo que vivía en su casa, llamado Simeón. Dijo, pues, que la dicha niña, llamada Francisca, se crió en su casa desde edad de año y medio (porque en aquella edad eran ya muertos sus padres) y que era de muy buena inclinación, avisada y obediente a lo que le mandaban; y que cayó enferma mes y medio antes que muriese; y que se había confesado conmigo; y que estando ya al cabo de su enfermedad, en solos los huesos, el viernes después de la Ascensión del Señor, antes de la media noche, dijo a esta María, que la tenía por madre: Madre mía, no tengas pena por mí, ni llores, que la voluntad de mi Dios y señor es que yo acabe ya esta vida mortal y vaya para él. Y sábete que luego perderé la habla y mañana no hablaré hasta la hora de mi muerte; y consuélate que Dios te pagará la caridad y crianza que en mí has hecho y lo que conmigo has trabajado; yo, de mi parte te lo agradezco. Otras palabras le dijo semejantes a éstas, y de allí a poco perdió la habla, como lo había dicho y estuvo como muerta todo el sábado; y en la noche, al tiempo que se tañe la campana para rezar por las ánimas, volvió en sí y comenzó a hablar con un indio mozo que esta dicha María tenía en su casa, el cual era vicioso en el beber y emborracharse y a la sazón dormía, y dándole voces, le decía: levántate Simeón, ¿qué haces? ¿Por qué duermes tanto? Despierta y oye lo que te quiero decir, que soy mandada. Y como él todavía se estuviese quedo, decía la niña a esta María, que la estaba velando con una candela en la mano: madre, señora, despierta a ese mozo y haz que se levante; y como el mozo se levantase, le dijo: mira lo que te digo Simeón, de parte de Dios, ya has sido muchas veces avisado y reprehendido de nuestra madre y de su hermano Francisco, que dejes la borrachera que destruye tu ánima y te ha de llevar al infierno si no la dejas; ahora te digo yo lo mismo de parte de Dios, que te enmiendes de aquí adelante, y si no, verás el castigo que ha de hacer en ti; y sobre esto le dijo algunas palabras sentidas, como por vía de ruego, amonestándole que se enmendase en lo de adelante. Y después de esto habló con la dicha María y le contó cierta visión que había visto de una grande y general borrachera de la gente de aquel pueblo, de que Dios era muy ofendido y estaba indignado. Y le rogó que en su nombre y de parte de Dios dijese a fulano y fulano y a otro tercero y a su mujer, personas señaladas en el pueblo, que se enmendasen cerca de este vicio y lo dejasen del todo, si no, que serían gravísimamente castigados de Dios. Y que a mí me dijese que de mi parte hiciese todo lo que pudiese para estorbar y remediar aquel vicio, aunque ya para con Dios estaba yo excusado de culpa en este caso, porque se lo había predicado muchas veces y ellos no se querían enmendar, más que con todo eso no cesase; y dicho esto desde a poco dio su alma al que la crió.

Díjome más la dicha María, con mucho sentimiento, que estaba admira-

[2] Luc. 2.

da y temerosa de los juicios de Dios, y cómo por medio de criaturas inocentes avisaba a los pecadores, para que se convirtiesen. Contóme también cómo había pasado otro tanto como esto catorce años antes, en una gran pestilencia que hubo por toda esta tierra, que otra niña de la misma edad de nueve años, llamada Ana, hija de un su hermano, llamado Francisco Cozal, cayó enferma y su marido de esta María, juntamente luego que comenzó la pestilencia, antes que otros enfermasen. Y que aquella niña Ana dijo cosas maravillosas que después acaecieron, como ella las dijo; y entre ellas declaró el día de su muerte y dijo que ya comenzaba la fin de el mundo, lo cual bien se podía entender el acabamiento de los indios, porque desde entonces siempre tienen pestilencia, poca o mucha, en unas partes o en otras y sin ellas basta el repartimiento que de ellos se hace para el servicio de por fuerza. Dijo también aquella niña cómo moriría de aquella enfermedad el marido de esta vieja María. Y a su padre Francisco Cozal le hizo una plática muy sabia y cristiana, aconsejándole y rogándole dejase el vicio de la borrachera, porque era muy dado a él, y que mirase que le quedaban doce horas de vida y que en ellas procurase restaurar lo hasta allí perdido, y que el dicho Francisco dio crédito a su hija y se enmendó y vivió después doce años justos, que la niña llamaba doce horas, y al cabo de ellos murió.

Otras cosas me contó de estas dos niñas que me dejeron con harta razón muy admirado, y le di entero crédito, como si lo dijera un ángel del cielo, por ser mujer de la edad que dije, y de muy buena y concertada vida y muy devota; y aunque no lo fuera tanto me pareció era imposible que ella, ni otra persona las pudiera fingir, por el estilo y manera con que me las contó. Bendito sea tan buen Dios que aun a las indias indiscretas hace profetisas y predicadoras, para convertir a los pecadores. Éstas son palabras formales del padre fray Gerónimo.

De otras dos hermanas (aunque mayorcillas) diré lo que pasó con ellas al varón santo, fray Alonso de Escalona. Estaba este padre un día por la mañana confesando enfermos en la capilla de San Joseph, que es la parroquia más principal de los indios, pegada al convento de San Francisco de Mexico, como ya hemos dicho; y llegaron a él estas dos indecitas hermanas que se llamaban Isabel e Inés, y la mayor de ellas dijo al padre fray Alonso que la confesase. Él, viéndola sin muestra de enfermedad y conociéndola por lo mucho que frecuentaba la iglesia, la dijo que poco había que se había confesado, que lo dejase para otro día, porque entonces estaba bien ocupado. Ella replicó que aguardaría allí hasta que hubiese confesado los enfermos. En acabando llegóse ella a sus pies para confesarse, y el bendito padre se excusaba por quedar algo cansado, diciéndole que otro día se confesaría, a lo cual la indecita le dijo: por amor de Dios, padre nuestro, que me confieses, porque hoy en este día me tengo de morir, que así me lo ha dicho el ángel que me guarda. El fraile, aunque le pareció mucha novedad aquélla, cobró temor interiormente y confesóla, porque de su parte no hubiese alguna culpa, si aquello sucediese, y también la comulgó. Cumplióse lo que la mozuela había dicho, que luego aquel día murió; y trayéndola

a enterrar sus parientes, dijeron a fray Alonso: aquí traemos, padre, a tu hija, que confesaste y comulgaste esta mañana; de que el buen viejo quedó espantado y más lo quedó después, porque aquella misma tarde vino a él la hermana menor y le pidió que la confesase porque su hermana le había dicho que otro día siguiente había de morir; y así fue que murió, y puso esto en grande admiración al dicho padre y al continuo administrador de aquella capilla, fray Pedro de Gante, que después lo contaban, alabando a Dios en sus grandes misericordias. Enterraron a ambas hermanas en la peana de un altar que está junto al que de nuevo se dedicó al glorioso San Diego.

Refiriendo esto un siervo de Dios antiguo, delante del religioso que ahora tiene cargo de aquella capilla, los días pasados hizo cavar en aquel lugar do las enterraron y no se halló rastro de ellas, que como eran tiernas y habían pasado muchos años después de su muerte, debiéronse de consumir del todo los huesezuelos. Como quiera que sea, ellas fueron dichosas hermanas y dieron claro testimonio del mucho caso que nuestro Señor hace de sus sinceras y limpias criaturas, por mucho que sean despreciadas y tenidas en poco de los hombres. Acabando de escribir este capítulo, víspera de la fiesta del elocuentísimo doctor San Juan Crisóstomo, fuimos a maitines y en las lecciones advertí, cómo a la menor de las dos hermanas referidas acaeció lo mismo que a este glorioso santo, al cual apareció San Basilico mártir, y le dijo: Juan, hermano, el día de mañana nos juntará Dios a entrambos en un mismo lugar. Esto mismo parece que dijo la hermana mayor a la menor: ¡Oh hermana!, mañana moriréis y nos veremos juntas, como se cumplió sin faltar; y concurrir lo que yo escribía en semejante día, no poco me confirmó en la verdad de lo que se ha contado.

CAPÍTULO XVI. *De algunas indias que fueron comulgadas y otras consoladas milagrosamente*

DE LAS VISIONES O REVELACIONES y otras grandes misericordias que los indios, en diferentes tiempos, han contado a religiosos haber recibido de la mano y voluntad de nuestro Señor, bien tengo para mí que se pudiera hacer un volumen tan grande como esta historia; mas no todas fueron creídas, ni se hacía caso de ellas, salvo de aquellas que bien examinadas se entendían llevar mucho camino, por ser de personas conocidas en su sinceridad y manera de vivir, y por las circunstancias que en los semejantes casos concurrían. De esta suerte y calidad son las pocas que a mí me han ocurrido a la memoria, para poderlas aquí referir. Y porque la clara noticia de las cosas ciertas es argumento para dar crédito a las semejantes dudosas, traeré aquí una, tomada por testimonio ante escribano real y testigos españoles, que de *verbo ad verbum* es en la forma que se sigue. En la ciudad de Huexozinco de la Nueva España, en 6 días de el mes de diciem-